



PEDRO ALVAREZ GOMEZ

Teatro Semana Cultural 2026





PRÓLOGO

Pedro Álvarez nace en el año 1909 en Villalba de la Lampreana, un pequeño pueblo de la provincia de Zamora. Una enfermedad contraída en su infancia que le provoca una acusada limitación de su movilidad, es la posible causa de que su futuro hubiera de orientarse hacia actividades que no fueran las tradicionales en su localidad y su familia. Como son las labores agrícolas. Ello le lleva a estudiar el bachillerato en Zamora, en un colegio privado, el "San Lucas" que años más tarde le servirá de telón de fondo para su novela "Los Colegiales de San Marcos". Estudia la carrera de Derecho en Madrid y oposita con éxito a una plaza de Oficial Técnico-Administrativo en el entonces Ministerio de Instrucción Pública. Es destinado a prestar servicios en la Universidad de Salamanca y prosigue de forma regular su actividad periodística -que ya ha iniciado durante sus estudios de Derecho en "El Heraldo de Madrid" -en la "Gaceta Regional" de la ciudad salmantina, prodigando a lo largo de su vida, sus colaboraciones en periódicos y revistas de ámbito nacional en los que su firma es reconocida y valorada. Su vocación de periodista vence a la de jurista y, así, ejerce la sucesiva dirección de los periódicos "Baleares" de Palma de Mallorca, "Odiel" de Huelva y "Córdoba" de la ciudad del mismo nombre que ejercerá desde

1944 hasta 1973 en que cesa por jubilación voluntaria. Su primera aparición como novelista, la hace en 1939, con una novela de guerra -él, que no ha podido participar en ella, por su defecto físico- titulada "Cada cien ratas, un permiso" que en 1939, obtiene el premio de la revista "Vértice". "Los Chachos" (1943) se publica en folletín en "El Español", donde también publicara "Ánimas Benditas", "Nasa" aparece en 1942, "Los Colegiales de San Marcos" en 1944 y en 1951 "Los dos caminos" y la biografía del guerrillero de la Independencia "Juan Martín Díaz, el Empecinado", "El vivir humilde", revisión y reflexión sobre los oficios que se van perdiendo será su última entrega. Fallece en Córdoba el 26 de mayo de 1983.

De su avatar literario, como recoge otro de los casi olvidados, Pedro de Lorenzo en "Los cuadernos de un joven creador" reseña una carta de Pedro, gran escritor de misivas, en la que le contaba que "allá por el año 28, en "El Heraldo de Madrid" en una sección inofensiva" El cuento de hoy" me publicó "Pamplina" y "Migajas", dos cuentos. Cuando ya no existía esa sección, hice otro que mande a un periódico; no me lo publicaron y dejé de escribir". Y prosigue: "Ya iniciada la guerra, volví a escribir por escribir, sin afán de publicar, tratando de amortiguar mi dolor por el dolor de España.... No he sido combatiente en esta guerra por ser excluido total para el servicio en el ejército. Escribí "Los Chachos", una cosa tierna, salvaje y arrastrada de los muchachos de Castilla".

Juan Aparicio, otro ilustre periodista decía, en una especie de epílogo a la edición de "Los colegiales de San Marcos", "Cada novelista ha de alimentarse incestuosamente con su vida individual, como se acusa al pelícano que bebe e incorpora su sangre a la manera de un átrida o ha de nutrirse del cosmos exterior, sorbiendo y asimilando los contornos. circunstanciales, cual una esponja o un imán en contacto con el acero". Algo parecido escribía Stendhal cuando afirmaba que la novela ha de ser como un espejo.

Así, Pedro Álvarez, espoleaba su fantasía y domaba su pasión, en la soledad de su pueblo, leía el Quijote y la Biblia, mientras que, dotado

también para el dibujo y la escultura, modelaba figuras de barro y junto a él, crecían Cici, Chufis y la Baldosa como seres a la par, reales y emblemáticos. Para Juan Aparicio "Pedro carecía de juegos, pero no de recreación, amontonándose sobre el alma, desde entonces, los personajes más acérrimos de la Lampreana, las palabras más tercas e idóneas y la naturaleza más irreemplazable de su territorio natal".

De ahí, creemos que deriva la riqueza, la plenitud verbal, que es patente tanto en "Nasa" como en "Los Chachos"; en las que asombra al lector, la calidad de la palabra, dominada por su pulso de narrador.

Es decidido propósito de este Instituto dar a su obra el real valor que tiene en la literatura contemporánea española, mediante su publicación paulatina que se inicia con esta edición de "Los Chachos", recogiendo las ilustraciones que hizo Teodoro Delgado, excelente dibujante, sobre el que también ha caído un velo de olvido. En este empeño, queremos señalar el interés que han puesto en él, la profesora Ana-Isabel Almendrá, autora de un estudio sobre el escritor, becado por el Instituto, el Profesor José Fradejas y el periodista Rufo Gamazo, profundos conocedores de toda su obra.

Queda patente, por último, nuestra gratitud a sus hijos Rafael María y Pedro, que han dado con gran generosidad, autorización para esta edición.

Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo"

LOS CHACHOS

Por

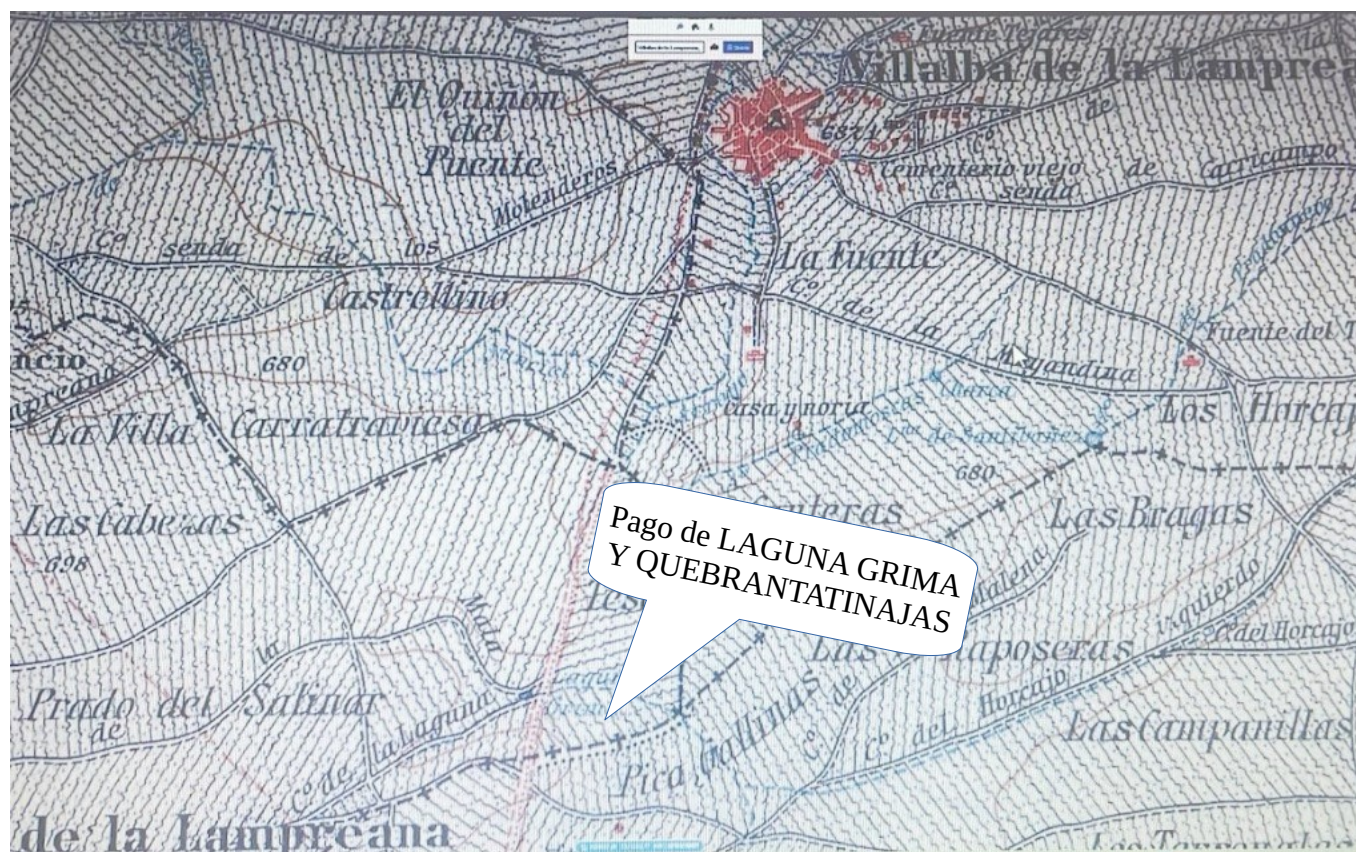
PEDRO ÁLVAREZ

DEDICATORIA.- Dedico esta mi primera novela a la sagrada memoria de mis padres, que duerme el sueño eterno en el cementerio de Villalba, junto a la tapia que da al camino de Villalpando, donde yo quiero ser enterrado, para que sobre mis huesos enreden los chachos.



RECREO I

Donde se ve que Quebrantatinajas está en el mapa



NARRADOR: En cualquiera **Quebrantatinajas** de la región castellano-leonesa no abandonado y expuesto a la incuria de las moscas, que con sus motitas originan desconcertantes confusionismos locales, emergen del nacimiento de un arroyuelo de leve trazo, curso incierto y breve, unas letras que le acompañan hasta su morir en otro de más firme señalado, que expresan el nombre retumbante de Quebrantatinajas, como para espantar la soledad de haber quedado solo en medio de esa extensión. Gracias a la profusión de letras en su nombre, se destaca de la red de arroyuelos, arroyos y ríos de alguna mayor cuantía; red cuyas mallas abiertas dejan salir el efecto pardo y rojizo como de pátina del relieve de los picachos. De nada sirve que las letras, poco menos que encimadas unas con otras, vayan enhiladas en la hebra azul del arroyuelo a beber el agua de bruces en el otro

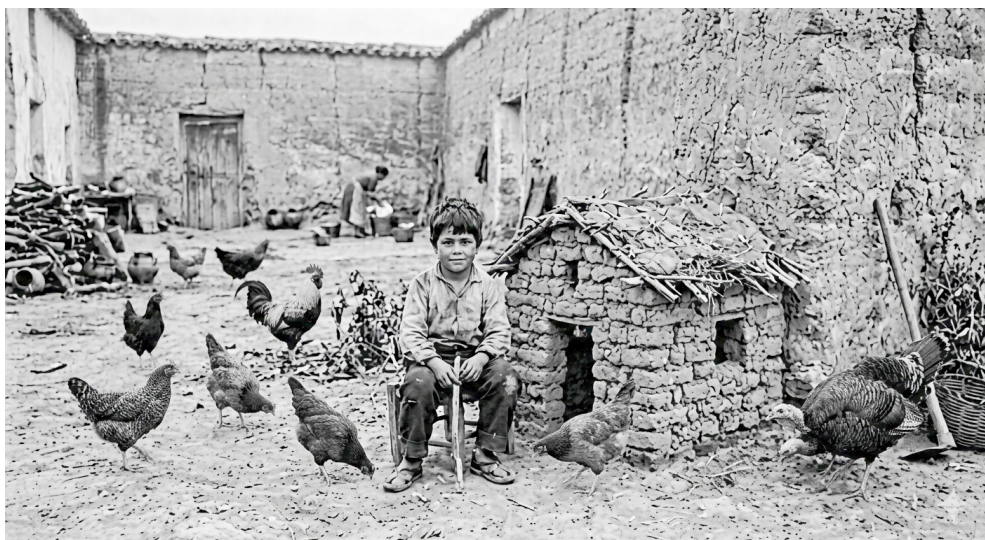
de abajo más caudaloso, porque siempre Quebrantatinajas será paramoso, árido y seco.

Por eso, con timidez, la abubilla subida en las tapias de los corrales - bardadas de vidrios cortantes y agudos espinos - denuncia la venida de la primavera cuando en cansado sofoco y como a destiempo entra en Quebrantatinajas regato arriba, enfangándose en los bodones, cazcarrienta, perdida entre los ribazos de los caminos, los vallados y solombríos teñidos con sangre de amapolas. Pobre y sucia como está, minimada y empequeñecida, se introduce furtivamente en el lugar y se aposenta y enfumece, como una mendiga tonta y harta de pordiosear por las portaladas, en el minúsculo jardín de "Cici".

Porque Ciciliano posee su jardín con macollas de trigo y cebada y muchas hormigas que verbenean por las diminutas parcelas, querenciadas por las migas que sacude del forro de los bolsillos tiesos y endurecidos por el pringue del pan embadurnado de tocino que devora durante los recreos de la escuela. Hay algunas muy abultadas, trémulas de antenas, con pedazos de pan entre las maxilas y rutilantes gotas de sol sobre el tórax charolado de quitina, que discurren en el incansable trajín; sobre todo una, negrísima y resplandeciente como recién hecha, que arrastra el abdomen por las pequeñas besanas y la tiene ojeada para hacerla pasar a las cuadras y pocilgas de enredo, plagadas de grillos, fofas orugas y moscardones cazados con paja de centeno en los agujeros de las jambas caronjotas de las puertas de Chapas. Y todo esto ordenadito, para que se alboroce la "Baldosa" cuando por las tardes, muy aseada, con el pelo atusado y haciendo visos como el cuello de una paloma bravía por la saliva que le espurreó su madre al deslendarla, juegue con su amigo en el jardín. Y es de ver, cuando llega ésta, cómo Ciciliano ahonda los surcos con las yemas de sus dedos, despanzurra una lagarta de manzano y a sorbos introduce las suyas, verdes y gelatinosas, por las fosas nasales, mientras al descuido pone en los mangalijones de la chaqueta el galón vermiculoso de las que no subieron, y de sus ojos de empolvadas pestañas sale un rayito de alegría, y parece que las hormigas corren más de prisa que el jardín; la casa y el corral

adquieren movilidad y se trastuecan desnortándose en sus linderos. Y se hace todo muy grande, como si fuera de verdad.

Y tiene su casita de adobes confeccionados en adobera hecha con cajas de mantecadas de Astorga y puestos a secar a la solana del pajar; con huellas que las gallinas



estamparon al picotear las lombrices de tierra que en ellos había cuando estaban recientes. Es casa de un solo cuerpo, arrinconada en el cornijal que forman las paredes altas de la cortina; ventana ojivada, sin jambaje; hueco de entrada y salida pequeño, para pasar de gatas al interior y estar en aquella bajeza acurrucado y sin escurrir a causa de la poca altura del techo, encabriado con palos de canilla. Pavimento, al natural, muy barrido con rebujones de trapos viejos que los gitanos dejaron olvidados y lustrado con blanda boñiga de vaca; las veras, pintadas de arcilla roja, y el tejado, de limo de la laguna Grima, repellido con cascotes de teja manchados de musgo.

En correspondencia con la casa es el corral, de aledaños mudables por estar deslindada con sencillas bardas de tierra seca, rebanadas del suelo y puestas en parva, cortadas por un espacio libre, sobre el cual dos piedras encimadas hacen el oficio de llamador colosal, en contraste con el resto de la construcción. Las pocilgas y cuadras están fabricadas del mismo modo; en éstas, multitud de hoyuelos en ringle contienen cúpulas de bellota, como pesebres y escriños para echar en ellos la pastura, tierra, como pienso a los novillos de terracota, resquebrajada en el borrajo de la lumbre.

Porque el toro fué la primera obra que salió de las manos de "Cici". La prístina creación de su menudencia. Antes de saber leer y escribir fue un novillo de barro bueno de la laguna Honda, un toro de arcilla. Enmollecía el

terron amasándolo a golpes, saliva y fantasía; la misma fantasía que le hacía pedir la luna espejada en la pila donde se abrevaban las abejas y gallinas. En aquella masa sin forma infundía "Cici" sus cinco sentidos. Veía moverse el toro, caminar cansuto, arrastrando la badana; percibía el olor de sus entrañas perfumadas de heno al olerle el hocico atusado con el dedo; oía sus bramidos, levantada la cerviz y encandilados sus ojos buenos y terribles... Y si lo enfrentaba con otro puñado de barro, caliente de la mano modeladora, su cabeza peliblanda se estremecía al fundir los dos pedazos de arcilla en rabia jovial de lucha, entre imaginadas astas desmorcelladas y escandas de cuerno, clavadas en las pompas negras de unos ojos asustadizos, de parpadear sobre las púas de los juncos en el prado...

Merece especial mención, por sus proporciones, el muladar, de muña sedosa y fino tamo de paja recogida entre risas, con los brazos extendidos y las manos abiertas bajo la peluda zaranda; metida en blancos peales de calcetas viejas como costales de ensilar y acarreada del pajar en una sartén sin patas en funciones de carro. La cochera para guardar éste tiene las paredes de cantos y el techo con hojas de malva sostenidas por ligeros gamones hurtados por Ciciliano a su abuelo, que los empleaba de para encender el cigarro en la lumbre, sin calentones de mano y que se los trajeron los pastores que invernaron en los montes.

Pues toda esta grandeza, metida en la cortina adosada al corral verdadero del abuelo de "Cici", es la base física del pequeño mundo, el asiento de esta especie de sociedad de chiquillos rebozados de suciedad y mugre, que andan descalzos, con medias de color aborrachado, sin peales ni cenojil, constantemente contenidas pierna abajo por los dedos en "tic" continuo. Los hay abotargados de comer pan pringado en el puchero y delgaduchos, pero metidos, unos y otros, en chaquetones o blusas que los hermanos mayores desecharon. Las muchachas, poco más pulcras, llevan delantal y bata con chafallos; calzan altas botas de botanas, con puntera de pico parro raída por los chinacos y verdes de exprimir insectos hervíboros, cocas del diablo y vacas de San Antón cuando van por los ribazos. En promiscuidad ellos y ellas, hacen un raro conjunto del que se destacan por sus cualidades

peculiarísimas "Cici", "la Baldosa", "Peño", "Chufis", "Leo", "la Pandorga", "Chapas", "Lerele" y "Boché".

RECREO II

Donde se dice cómo Ciciliano consiguió su gavielucho



NARRADOR; "Cici" se enciende y enlozana en pleno trabajo, con la lengua fuera, las velas sobre el candelero de sus labios, los mofletes de angélico trompetero, verduscas las manos por la mezcla de barro bueno y boñiga, en el enfoscado dintel de la puerta y en el alisar de planos de la caseta del gavielucho, con una cuchara aplastada como paleta y cencerro viejo sin badajo como cuezo. Le incita y le acucia el recuerdo de cómo se hizo con el gavielucho.

Fué un día de los que a doña Ludivina, el ama del señor cura, se le antojó no tener venadas malas con los muchachos. Porque unas veces, sin venir a cuento, los zurraba afanosa con las látigas de espantar los gatos, y otras, empalagosa y gárrula de arrumacos, los atraía para que le sacaran los huevos del gallinero o ayudaran a matar los palominos para la cena. Los muchachos esperaban sentados en el umbral de la casa parroquial a que de la torre cayera un gavielucho nuevo de los que inician el vuelo, y entonces doña Ludivina, imbuída de la solemnidad minuciosa y cachazuda que le daba la práctica de las recetas culinarias, seguidas al pie de la letra en los

libros de cocina, asomaba a la puerta con el sacudidor del polvo, la palmatoria, la caja de cerillas y la llave del palomar. Para no asustarlos, desde el zaguán anunciándose con valgamés y jesuseos que aquietaban a los amaestrados al ritual de aquellos suspiros inocentes. Los muchachos que pasaban con doña Ludivina, embravecíanse dentro del palomar con el volitar de las palomas escandalizadas, las voces del ama y el zumbido de la caña del sacudidor, manejado por el poderoso "Chapas", que la henchía de ruidos al morder el aire con las aplastaduras y fisgas de la caña.

LUDIVINA: ¡Por Dios, no mates alguna paloma! Fíjate antes.

CHAPAS: Usted se calla y me deja a mí. ¡Cómo si no las distinguiera! Las palomas tienen el cuello resplandeciente, sin pelufos, y las patas rojas. Cuando vuelan, hacen bis, bis, bis.

NARRADOR: ¡Cómo lo recordaba "Cici"! Bis, bis, bis. Y aquellos vozarrones de "Chapas":

CHAPAS: ¡Ahí va uno! Toma, ladrón. Tu ya no te bañas en el reguero la pechuga...

NARRADOR: Acorajinábase en un rincón doña Ludivina, y por cada pieza acogotada hacía un santiguado. Medrosilla, cerraba los párpados a las friscaduras agónicas de los pobres volantes, y a ciegas y con muchos visajes, recomendaba a "Chapas":

LUDIVINA: ¡Cuidado sea una paloma, por favor!

CHAPAS: ¡Qué mujer! Mire si quiere y déjese de parajismos. ¿Es una paloma? Mire. ¿Cree que le voy a descascar el palomar?

NARRADOR: Y "Chapas" mostrábale un pichón al que, plácidamente, se le deshacía, como nieve, la vida entre sus manos gordezuelas. Luego lo tiraba con fuerza en el suelo, aupado de costras de palomino que producían un sonido que al ama se le antojaban de paletadas sobre ataúd. A otros les hincaba "Chapas" la uña del dedo pulgar en el espinazo, enfrentándolos como a caballos, babosos de espuma y semillas que echaban por el pico durante las convulsiones rítmicas, como si regurgitara comida en el de un

polluelo. Después quedaban tranquilos, como relojes parados a los que se les salta la cuerda.

LUDIVINA: ¡No le hagas daño!

CHAPAS: Ahora mucho lamento, pero luego bien los comerá. ¡Que hubieran nacido para muchachos! Si pudieran, que fueran águilas; ya veríamos a ver cómo las matábamos; puede que nos sacaran los ojos a picotazos. Si anduviera por aquí un león, lo mataba a palos con el sacudidor. Pero estos, mire, son medio tontalicones de puro payasos: pí, pí, pííí, por entre las piernas de uno como bobos.

LUDIVINA: Por eso, por su inocencia, no debes martirizarlos.

CHAPAS: ¡Si no los martirizo! ¿Ve? Los mato: ¡zás!

LUDIVINA: Y sin querer sentíase "Chapas" transportado a los primeros tiempos de la Humanidad. Su ensañamiento y recreación en aquel goce parecía atávica consecuencia de mil luchas por la caverna, el árbol y la latebra. Subido en las primeras poyatas de la pared, tarzanizaba sus gritos, desencajado por los revoloteos. Desde aquella altura parecía endiosado y terrible sobre todas las cosas y menudos seres de la Naturaleza; con su caña rajada como cetro, esparciendo rumores y ahuyentando maleficios como un sacerdote de tribu salvaje con la zumbadera.

CHAPAS: ¿Por qué no me revienta este pichoncito a mí? Porque no puede. El que puede, monta y anda a caballo. Cuando exprimo una coca del diablo, ¿por qué no se queja? Porque no puede...

NARRADOR: Andaba "Lerele" por las payatas como un archivero asqueroso de la muerte. Al desnudo del alma, dábase un apipón de huevos sorbidos, sin repugnar aquellos que la Naturaleza, anticipándose a él, los había dejado macizos, cuajados, sin clara ni yema. Los avicaba con los dientes como una donosilla, y cuando no tenía ocupada la boca, para disimular el hurto, lanzaba cantarolas añusgadas de gargarismos pegajosos y alegres.

Olía a plumas quemadas el palomar, fragancia suavísima para el ama, que abría los ojos a la operación de chamuscar las guías de un ala a los pichones gorrifones y empelomalo, asegurándose así nuevas cenas.

LUDIVINA: No quemes mucho. Sólo con que le apures un poco las barbas le sobra.

CICI:- Así, ¿no?

NARRADOR: decía "Cici", que era el encargado del chamusco

CICI: Estos ya no vuelan ni se les llenará el zurrón de mimos, como a los que andan por la cinta de la torre.

NARRADOR: Asolada, lamentábase el ama por los gemidos de dolor que lanzaban en el tejado las palomas despojadas de sus hijos.

LUDIVINA: ¡Hala, de prisa! Vámonos. Ya hemos estado mucho rato aquí.

CICI: Nos deje antes mirar por el corral pelotas encajadas.

LUDIVINA: Mirad, pero sin escandalizarme las gallinas. Y sin subir al tejado de la capilla de las Agustinas. Acordaos de la pierna de Cástulo.

CICI: No, no señora; no subiremos.

NARRADOR: resolvió "Cici" muy seriecito. Después cantaban un cantar. Un cantar bobo que la alegría de quedar solos hacía que lo emitieran cogidos de la mano cuando oían el golpe del picaporte al cerrar la puerta del ama:

TODOS:

*"Tan, tararantanta.
Lerele chupó tres huevos.
El sacudidor parte cabezas,
cabezas de pichones.
Y, y, y, doña Ludivina,
hecha una tonta.
Y, y, y, persignándose,
cuando muere un pichón.
Y, y, y, bien se los come.""*

CHAPAS: ¿Veis? No servía para nada

NARRADOR: dijo bestialmente "Chapas", desencajado de alegría batiendo palmas. La gallina espantada se mantuvo indecisa en el suelo; después, con escandalosos cacareos, se metió en la capilla de las Angustias.

CHAPAS: Dejadla que aulle lo que quiera; Ludivina creerá que ha puesto el huevo;

CICI: ya es cerca del mediodía

NARRADOR: dijo "Cici" animándose en su temores

CICI: ¿Para quien es el gavilucho, "Chapas"?

CHAPAS: Para el que más pueda

NARRADOR: contestó "Chapas" valentón.

CICI: Porque puedes tú, ¿verdad? ¡Mira qué gracioso! ¿No eres bobo?

LERELE: El que gane a la treinta y una de boca

CHAPAS: Porque ganas tú lo dices

NARRADOR: rechazó "Chapas" la proposición.

CICI: No, no; el que más corra.

LERELE: No, majo, el que mejor diga: La pava se respelucicrespa, ¿se respelucipicrespa la pava?

CHAPAS: ¡Qué mameluco, si no lo sabe decir siquiera! ¡Para nadie! . Lo tiramos al pozo.

CICI: ¡Pobrecito!

NARRADOR: se lamentó "Cici", acariciando con un dedo la cabeza del cernícalo

CICI: Yo os lo compro por tres ruedas de reloj: dos para "Chapas" y una para tí, "Lerele".



LERELE: Chacho, chacho, véndeselo, "Chapas"...Que nosotros éramos los mercaderes que están pintados en la Historia Sagrada sacando a José del pozo

NARRADOR: dijo ingenuo "Lerele".

CHAPAS: No digas simplezas. Por nada se lo doy. ¿Para qué quiere esta bobada? Toma el gavilucho; para tí.

NARRADOR: Y "Chapas" le entregó a "Cici" el gavilucho.

RECREO III

En el que "Cici", de imaginación, va y viene de su mundo al de las personas mayores



NARRADOR: La escuálida "Baldosa" hace jaretón en un saco a medio podreecer con un trozo de sarmiento que le sirve de aguja, mientras musita palabras incoherentes en abemolado soliloquio. El panzudo "Peño" la observa, recreándose en el chupeteo de un tubo de vidrio que fué recipiente de medicinas, y ahora, bien cerrado, contiene la sanguijuela que tomó del hocico húmedo de una vaca. También habla consigo mismo y dice las oraciones aprendidas de su abuela, por las que se sacan ánimas en pena cuando se dicen todos los jueves del año. Así están algunos ratos, hasta que suena el llamador de piedra usado por "Chufis", que solicita pasar con su

rebanada de coscarana y tocino. "Cici" pone los ojos en la torta y con ellos se la come:

PEÑO: "Chufis", ¿no me das siquiera una miga?

NARRADOR: "Chufis" elude la petición al retortero de "Peño". Observa con imprecisos aspavientos la transparencia del tubo de cristal que "Peño" chupa. En un momento de descuido se lo quita y lo introduce rápido en su boca. Al percibir la finura, siente el placer de tener en ella la sanguijuela, sin peligro ni asco. Luego extiende los brazos, cimbrea el cuerpo y, corre que te corre, con los pies a la rastra, entre polvaredas que levanta, lo persigue "Peño" aceroso e indignado. Para aplacarle se tira al suelo y, muy formalito, le dice que él es la cigüeña. A esta evocación cantan los dos al unísono:

PEÑO Y CHUFIS:

"Cigüeña, burreña.- La casa se te quema.
 -Los hijos se te van.- A la orilla del mar.-
 Escríbeles una carta.- Que ellos volverán.-
 Arca chiquita. Arca mayor.-
 La mano derecha de Nuestro Señor Jesucristo. Amén."

NARRADOR: Y con los gritos, parece que la tarde se tiende y revuelca cansada en el polvo, acribillada por las reverberaciones de los vidrios de las tapias, mientras los pardales limpian el pico en las vides y cañas que sostienen el ripio del tejado, para acostarse.

Poco a poco se han ido a sus casas los amigos de "Cici". Sólo queda él, rodeado del anochecer, en medio de su jardín. Y llora lleno de tristeza, porque ha visto sobre el tejado de la caseta el enjalbegado de los excrementos de los pájaros, y quiere ser gavilucho para perseguirlos por las nubes y saltarles los sesos entre nieblas de plumas. Pero recuerda que también las casas de verdad tienen palomina en las tejas, y esto es como atributo de autenticidad y perfección de la suya. Y coge alguna seca y la desmenuza entre sus dedos.

Esta operación ha sido válvula de salida de sensaciones, porque se siente desnudo de ellas y como en el vacío. En dejadez, mira una china que brilla, habla sin saber lo que dice y sus oídos parecen sordos a las dulces percepciones de la caída de la tarde; hasta que las campanas lo sacan de la inconsciencia y de sus dominios para entrar en los de su abuelo, en el de las personas mayores, donde acaecen cosas tan raras y en el que las piedras son piedras, el estiércol es estiércol y una mula es una mula. Pero todo grande e inasequible: las paredes llegan al cielo; las puertas de la casa, altísimas, y el banco camero muy elevado, y del que se ha caído tantas veces al subir por la imprecisión de las distancias.

Para abreviar la noche le hurta unas horas, acostándose pronto en la alcoba de la cocina, con percha de la que pende el sombrero y la capa de los domingos de minerva, cuando su abuelo, con blandón metido en una jarra de porcelana pintada de palomicas que llevan ramos en el pico, hace oración mientras contempla ensimismado en las paradas de las procesiones las morcellas que se reflejan en las varas metálicas del palio. Es capa de mucho vuelo, y en la penumbra de la alcoba, y en las digestiones difíciles de la cena, se le asemeja a un Sacamantecas cruel y sanguinario. Muchas veces la vió moverse con sus propios ojos, y no quedó tranquilo hasta que oyó las garfadas del gato en la puerta caronjosa por la carcoma, o llegó su abuelo, ahito de cena, con los labios relucientes de grasa y vohadas de vino:

ABUELO- ¿Qué quieres, monigote? No se tiene miedo a nadie. A dormir como un hombre.

NARRADOR: Y "Cici" sin contestarle, se tapaba los oídos con el embozo de la sábana y se dormía perezosamente, mientras por las cuadras y pocilgas de su cerebro zumbaban unos moscardones peludos muy grandes, y un gavilucho, como el águila de "Chapas", le sacaba los ojos y los sesos por las cuencas y se limpiaba el pico en el cabello de su cabeza, y volando volando, se metía en la caseta verde, con el tejado lleno de tordos, como uno de verdad, que silban estruendosamente, despertándolo.

Se levanta pitañoso, con los pliegues de las almohadas impresos en los carrillos, y se coloca al amor de la lumbre recién puesta. Sentado en unas

trébedes, se viste perezoso entre toses secas y sorbos de mocos que pugnan por asomar al nuevo día. Entra éste por la claraboya brizado con chirridos de pardales y arrullos de palomos rijosos. Sobre el mazacote de adobes que sostiene la pesebrera, al orinar hace un caballito muy parecido al que vió una tarde cuando se desperdigaron las nubes de un nublado. Y sale al corral, donde los pavos, sobre el muladar en fermentación, le saludan con repetidos garullos. De un tiesto con agua extrae una rana mortecina y se la echa al gavilucho.

En la mesa burbujean las sopas de ajo hervidas en la cazuela misma, y el "Cici" las come con deleite, sin masticarlas, y nota un calorcillo grato en la barriga y ruidos que él mismo oye, y se acuerda de la yegua cuando se abreva en el reguero; porque también los deja percibir con resoplidos en el agua que atraen a las zigzagueantes sanguijuelas.

Se limpia los labios con las mangas del mandilón, y después de tomar un rebojo de pan untado con tocino, va para la escuela. Llega cuando el ruido en ésta es ensordecedor por las distintas tareas de las secciones; uno vocea el "eme, ma, me, mi, mo, mu"; otro, con toda la fuerza de sus pulmones, grita el "mula, llave, mono, oso". Muchos lloran por los pescozones que les propinan los crecidos y todos hacen una infernal algarabía ante la placidez de D. Pánfilo, que babea nicotina y chamusca los bigotes con las colillas.

"Chufis" y "Cici" se sientan juntos en el mismo pupitre. "Chufis", en el cajón, tiene un revólver inútil, cogido al descuido en la fragua de Germán el herrero. Ahora lo guarda en una media vieja de lana que deshace para formar una pelota. Los dos conversan muy quedo, con el libro abierto por las páginas de siempre, esfuminadas por el uso de letras grandes.

CICI: Majo: cuando salgamos de la escuela a la tarde, enredamos con el mi gavilucho si me dejas tener el revólver.

NARRADOR: "Chufis" cruza los brazos sobre la tapadera del cajón, y después de dudar un momento, se lo endilga desenfundado de la media.

CHUFIS: Te lo dejo un momento, pero me tienes que dar un cacho de pan y que sea de la corteza, y ando además contigo.

NARRADOR: "Cici" baja la cabeza al nivel del bolsillo del pantalón y hace asomar el pan. Lo muerde, y de entre los dientes toma unas migajas que le entrega a "Chufis".

CHUFIS: Dame más; siquiera, otra pizca.

NARRADOR: "Cici" intenta complacerle, pero al levantar la cabeza para hacerlo ve una mosca que se posa en el tintero de plomo. Humedece el índice y el pulgar con saliva y aprisiona la mosca en aquel cepo. Entonces siente el leve cosquilleo de su aletear en las yemas de los dedos, y es cuando le estruja el abdomen, y a la masa viscosa que sale pega un papel y la echa a volar, mientras por la escuela, escalonadamente se repite el nombre de "Cici".

Olvidados del pan y del revólver, canturrean una sentencia del libro con verdadera furia:

TODOS:

"Nadie murmure de nadie,
que somos de carne humana,
y no hay pellejo de aceite
que no tenga una botana".

NARRADOR: Y "Cici" se acuerda de la "Baldosa" sin saber por qué, y toma el palillero e introduce su punta mordisqueada por el oído, lo chupa con asco y le dice a "Chufis":

CICI: "Chufis", mama un poco; ya verás qué rico está.

NARRADOR: "Chufis" lo lleva a sus labios con ansia, y al recibir el sabor desagradable, le da un puñetazo en la nariz y se la baña en sangre. "Cici" no llora, y hasta siente cierta satisfacción cuando ve los regueros de sangre. Los coágulos que toma de ella los estrella contra la pata del banco, limpiándose. Compadecido "Chufis", hace con dos tiras de papel una cruz, que coloca humedecida con escupitina sobre la frente de "Cici".

CHUFIS: Sangras como un novillo. ¡Tonto! Voy a enredar contigo. Ya no quiero más pan. Para tí todo, ¿oyes, majo?

NARRADOR: Entonces es el llorar con sosiego de "Cici" sin que le sienta D. Pánfilo. Compungido, "Chufis" le acaricia la cara con las manos y le hace mamolas tiernas. Y el otro, con palabras entrecortadas por el zolipo, le dice:

CHUFIS: "Cici", pitusico, no seas áspero, que no lo volveré a pensar; cuanto más a hacerlo.

NARRADOR: Y "Cici" evoca a Don Quijote con el atuendo de todas sus armas, que viene en su defensa con un biello de afilados pinchos que le revuelven el bandullo a "Chufis", y a Sansón, con la quijada



del jamelgo del tío Bizarro, que murió de torozón y lo sacó a los perros en el herrañal del puente y le hiende la cabeza. Y tapado con la capa de la alcoba, a Jonás, el de la ballena, con su navajita que penetra por la claraboya hasta que sale al establo y une por las esfernadas las cadenas de los pesebres y se columpia en ellas, cantando con locura el "Vilano, vilano; hoja del Cano..." Y rememora a "Chufis", a la "Baldosa"... y los bostezos de su abuelo, que los da con temblores de espaldas. Y nota en el pecho suyo, ¡el pobre Ciciliano! unas punzadas deleitosas, como si se lo picaran unos pollitos de gallina con los picos aún manchados con la sustancia del huevo.

RECREO IV

En el que la "Baldosa" se enternece con una piedra



NARRADOR: En el manchadizo mamotreto de la arrastrada existencia de "Cici" ocupará honroso lugar la tarde de hoy por haber recibido en su caseta a la "Baldosa" como esposa de mentirijillas. Fué "Chufis" quien los casó a la som bra del cabañal, arropado con el sudadero del caballo sujeto a la cintura por el petral, baticola metida por la cabeza, orinal abollado y viejo por montera y perendengues de rabos de conejos; muy seriecito, como un brujo de tribu que tuviera que dirimir una contienda entre malos espíritus.

La novia, con el vestido de volantes, diadema y collares de mayas cogidas a dedo de entre los trigos; cholas para parecer mejor moza traídas a hurtadillas del sobrado, y empolvada la cara granujienta con harina de cebar cerdos. Así condujo a "Cici" por la mano a la solemne presencia de "Chufis", acompañados del estruendo de alcuzas agujereadas y llenas de cantos, berrinches de su madre putativa la "Pandorguita", que simulaba llorar como una persona mayor, y risotadas maliciosas de "Peno", que desempeñará el atildado papel de médico en su mimbre descascarillada por bastón, y por

anteojos las antiparras veladas de su padre, de cuando tuvo enfermos los ojos.

"Cici", erguido, sin saber dónde pone los pies, con la chaqueta dada la vuelta, aforrada con franjas azules, parece aprisionado por alambres que lo reducen en su gordura, y camina ufano como dueño y señor del suelo que pisa y del cielo que contempla satisfecho.

"Chufis" los ató por el dedo pulgar de la mano con una hebra de lana de la pelota en formación desovillada mientras simulaba leer en un cuaderno sobado y mugriento, ya en restos, acompasado de la rechifla de los acompañantes.

CHUFIS - Ahora ya no tenéis que soltaros en todos los días de vuestra vida. No seáis como los perros, ¡ay, pobrecillos, que ya estáis casados!

NARRADOR: Forcejearon los dos por desasirse, pero el mequetrefe los había ligado con nudo corredizo, y cuanto más tiraban menos conseguían su intención. La lana se les iba encarnando entre los rosados dedos... y sintieron así como vergüenza, porque la "Baldosa" lloró y se le perlaron de lágrimas sus pestañas y "Cici" huyó de ella con el dedo en la boca para calmar el dolor y borrar la señal de la atadura rota.

También parecía roto el entretenimiento de los muchachos; pero la actividad en movimiento, personificada en "Leo", con sus cajas de betún colmadas de ladrillo machacado y su falda orlada de puntilla vistosa encogolmada de cascajo tomado del acervo de la era durante los abaleos, para preparar los festines de las bodas y demás comidas infantiles, trajo a todos el deleite de continuarlo en buena paz.

LEO: - Yo estaba en el jardín de "Cici" preparando la comida, y si no es porque te sentí quejar, no hubiera venido. "Chufis" no debía de andar con nosotros.

NARRADOR: dice "Leo" acuciosa a la "Baldosa".

BALDOSA: - Yo no vuelvo a enredar a los caseríos; luego el dedo me duele mucho y no puedo acunar el brizo del niño ni empañarlo con el moquero

LEO: - Mira, pitusica, que yo era una vecina tuya que te ayudaba. ¿Quieres?. Pero ahora tienes que meterte con "Cici" en la caseta.

NARRADOR: Y los dos, "Cici" y la "Baldosa", el uno delante de la otra, entraron en la casita ayudados por la mano regordeta de "Leo", que los impelía cariñosamente.

Acochados en esa pequeñez, oyen con perfección las voces de mando que fuera da "Chufis" a los pasiegos "Chaparro" y "Triviño", que mugen y escarban la tierra deseosos de rebrincar por la cortina uncidos por los brazos cruzados, y de sentir el prurito del aguijón en las espaldas sin quejarse; los relinchos de "Parleira", que piafa levantando grandes polvaredas, en espera de que sobre él suba "Peño" con su mimbre monda para ir gacho y refrenado y echar espumarajos de saliva como un caballo de verdad, y las deleitosas reconvenciones de "Leo" a las que le ayudan a atisbar la lumbre de paja y tierra, mientras su fantasía bautismal compone una cuna muy grande, "muy grandota", y perdido entre mantas peludas, un pichoncito en carnes, con el pico abierto y lleno de guisantes macerados en el buche tupido de semillas por una paloma que se asemeja muchísimo a su amiguita la "Baldosa".

Hasta el sol llega allí, con dulce martirio de pequeños obstáculos interpuestos a sus rayos, que alumbran al gavilucho olvidado en un rincón, cerca de la espuercicia de los escrementos y resequidas cabezas de rana que verbenean las hormigas. Como le suben éstas por las patas, las rebusca orondo con castañeteos del pico que le recuerdan farragosamente a "Cici" el mandil de las mozas, el tamboril, el hurto de alfilerones en el baile y el perfil acipritino de la maniega Elvira cuando cachetea espaldas y parece clavar la nariz en el cogote de los más diligentes en el despojo.

Del techo arrancó "Cici" una paja de encaño y la aplicó a sus labios; con ella sopló en la palma de la mano de la "Baldosa" e hizo pompas de escupitiña, bonitas como ojos de ternera, y se miraron en ellos antes de romperse con la vibración de sus carcajadas, las cuales despertaron la curiosidad de "Chufis", que acertó a pasar cerca de la casa y asomó la cabeza por la

estrecha ventana para ver lo que dentro sucedía. Así halló la sorpresa del puño de "Cici", que lo retiró manchado de sangre.

CHUFIS: Cuando salgas de ahí, tragaldabas, me las vas a pagar todas juntas.

CICI: ¿No me diste a mí otro esta mañana en la escuela y no te dije nada?

CHUFIS: Sí, pero no nos vió nadie, ¡zampón! Anda, sal de ahí, que te voy a romper la crisma que tienes.

NARRADOR: La "Baldosa" retuvo por los pies al animoso "Cici", que pugnaba por salir abuzado entre la puerta, mientras le decía:

BALDOA: - No salgas, que es muy animal y te descalabra de un cantazo, que tiene mucho tino. Acuérdate que el otro día le sacó un ojo a la yegua de "Pelillos" en el prado.

NARRADOR: Pero "Cici" salió gallardo, empuñando la piedra del llamador, dispuesto a batanearle la caspa con ella.

CICI: - ¿Qué me quieres, hombre? Dí: ¿qué me quieres?

CHUFIS:- Tira la piedra y te lo diré. Es de lo que te vales. ¿Qué te crees, que porque seas rico me vas a poder? ¡Anda, tirla!

NARRADOR: Y rodeados de toda la muchachería que acudió a la gresca, fundiéronse en un fuerte abrazo nada cariñoso, porque se oía el rechinar de dientes, suspiros de ira e imprecaciones que mal paraban en su fama a las personas mayores:

CHUFIS: - Tu abuelo es un borrachón

NARRADOR: - decía entre jadeos "Chufis".

CICI: - Y tu padre es un robón, que roba espigas y descabeza trigos con una tijera por las noches, cuando nadie lo ve - (lloriqueaba "Cici")

CHUFIS:- ¡Sí que tu abuelo!...¡Que tiene una cara más coloradota y... una capa que parece un horno!

NARRADOR: Y "Cici" se imaginó acaparrado en la talma de su abuelo, el cual se chamuscaba el velludo pecho, unido a él, en un fuego que subía del

suelo y se cebaba en su propia grasa. Que los dos, muy apretados, recitaban la oración de "Jesucristo va a decir misa..." Y que la repetía sin cansancio hasta quedarse dormido; y soñaba que su abuelo era un odre de vino tinto que se derramaba dentro del aspavuelo de la capa, y apagaba las llamas que le producían ronchas en las carnes, con escoceduras que minoraba revolcándose desnudo sobre mullidos lomos de ovejas acarradas durante la entresiesta en la cancilla.

Se echó a plañir acezoso, poniendo compasión en los que contemplaban impasibles la reyerta. Envalentonado "Chufis" por aquel lloro, lo repelió de sí, le mojó con saliva una oreja, borró con el pie una raya que entre los dos trazó "Peño", le arrancó un chafallo y quedó como vencedor, con el comentario de un gallo que cantó indiscreto la victoria.

Sentado en una piedra, pensativo, con los párpados caídos, el inquieto "Peño" empuja con su mimbre la zona de sombra que proyecta las tapias en el suelo. Deseoso de que no acabe allí el juego, egoísta, les facilita la reconciliación:

PEÑO: - Ya me tenéis hinchado de tanto reñir. No volváis a andar a vueltas, ni a decir esas cosas tan pecadoras de los mayores; porque es pecado y os mata Dios, y el diablo os escalda en las calderas de aceite hirviendo.

"Cici": A quién quieres más, ¿al que sube o al que baja, o al que toca las tinajas?

BALDOA: El que sube y el que baja es un angelito, y el que baja solo es el diablo, (musitó la "Baldosa" a la evocación de "Peño").

PEÑO: (enfadado) Tú, a callar, babosina. Cucharón, cuchareta, donde no te llamen, no te metas. Bueno; que se abracen "Cici" y "Chufis", y a enredar, ¿queréis?

TODOS: ¡Si-i-i-i!

NARRADOR: Y se abrazaron con repugnancia, y sellaron la paz con sendos repelones de cuero cabelludo sin hacer muecas de dolor. Con los pelos arrancados "Peno" hizo una estrella, que abandonó al viento con las palabras rituales, del caso:

Ya no os iréis a las greñas hasta que estos pelicos se vuelvan a juntar, que son como un pelico de Dios que no se puede contar en toda España. Una vez terminada la despeluznante ceremonia, olvidaron rencillas y, apaciguados, se deshicieron en zalamerías y grotescas promesas como muestras de un renacido afecto.

Otra vez tornaron "Cici" y "Baldosa" a la caseta, afanosos, con sendas mandiladas de tierra cernida en coladera que de nuevo sirvió para pasar recentadura y sal en los blancos amasijos. Era tierra sutil, como la de las roderas mullidas por patitas de alondras y cogujadas que escarabajean con el pico por las mañanas, muy temprano, los cagajones empapados en el relente y en la que se revuelcan con tanta delectación las caballerías azuzadas por los tábanos, y que cuando millina, el agua boba forma una corteza débil y se puede hacer debajo de ésta caseticas pequeñas para guarecer las manos, con la ilusión de que está resguardado todo el cuerpo. Paulatinamente los dos la vertieron en el suelo en hilillos de luminoso polvo, y después de sacudirse el mandilón y la bata, practicaron en el montón levantado un hoyuelo y vaciaron sus vejigas en él con sincrónico orinar.

Fué "Cici" quien salió diligente de la caseta y, ayudado por "Peño" - que cimbró la mimbres y se caló las antiparras-, llevaron a ella una piedra larga y caliente de estar a la raza del sol, y la colocaron encima del mantón meado. Con muchas precauciones la rebozaron y cubrieron de barro, y sobre él, con acariciadoras palmaditas, salmodiaron la siguiente jerigonza:

TODOS:

*"Cueco, Maricueco,
pa mi tía Marueco.
Hila, hila, hila,
pa mi tía María.
Nace, nace, nace,
pa mi tío Pelache.
Vive, vive, vive,
pa mi tío Salive.
Llora, llora, llora, pa la señá Flora."*

NARRADOR: Y cuando varias veces la repitieron era ya un enjambre de manos las que palmoteaban en él; porque las de los que cabían en el reducido espacio, subían y bajaban con un teje maneje repentino, acompasado de cánticos incoherentes, risas, gritos, berrinches y hasta garullos de protesta del gavilucho olvidado.

Después de que se cansaron de esa baraúnda, la "Baldosa" les ordenó salir a todos, y ella sola, con sumo cuidado y más cariño, fué descubriendo la piedra y poniendo en cada costra de barro que quitaba las ternezas de su alma:

BALDOSA: - ¡Hijo de mi vida, hijo de mi corazón! Tu madre te comprará todo lo que haya en la romería del voto a la Virgen del Templo... Y te dará papilla blanca de manteca, y pan de cilindro, y tela de la leche de la **Gavelica**, y te dejará chupar los güesicos de la cabeza de los conejos que acogotemos, y comerás muchos rínfanos de gallo, que están tan ricos... No llores mi niño; ¡bobín!, que te quiere tu madre. No llores, mi niño pequeño...

NARRADOR: Y llamó con voz temerosa y doliente a "Leo"; porque tuvo miedo de estar sola, y palpó carnes calientes, y oyó llores de niño pequeñín.

Entre las dos, con maternal complacencia, envolvieron la piedra en unos trapos sucios dejando al descubierto un extremo de la misma. Y era tal su color después del remojo al que estuvo sometida, que parecía verdadera carne morena y nueva; tanto, que "Leo" besó una y más veces en unos ojos, en una boca y en una naricita que ella veía. Y le olió a niño recién empañado. Y la estrechó entre sus brazos, junto a su pecho, y balanceando el cuerpo adunco por la poca altura del techo, le cantó:

LEO:

*Duermete, mi niño,
que viene el Coco.
Duermete, mi niño,
que tu padre llevó el azadón,
y te trae de la arada*

*zapatitos, ¡oh, oh, oh!,
de pellejo de ratón...*

NARRADOR: Y le mostró ufana el rebujo al gavilucho plácido, que inició una garfada.

LEO: Mira que te come el gavilucho si no te callas; que es un Coco y un tío de Sebo como el pobre Baldío, que saca las mantecas a los muchachos para untar los ejes de los carros donde los lleva, para que no los sientan chirriar las madres. Cuando seas mayor, tontín, ya verás como no tienes miedo como ahora, y como tú todos los que quieras en la torre, al toque de las oraciones, que ya están metidos en esos agujeros tan pequeños que tienen tan encaladicos. ¿Verdad "Baldosa"?

NARRADOR: Esta sintió celos y se la pidió llena de mimo, para emularla en las caricias:

BALDOSA: - ¡Ay, chachica! Mejor que fueras a preparar la comida para todos. Entretanto yo lo duermo, que después, por la noche, no me deja a mí pegar ojo porque llora.

NARRADOR: Y fueron tan sencillamente deliciosas las puerilidades que se dijeron y le dijeron a la piedra, que el sol, en los



estertores de su agonía, no pudo menos de alborozarse y poner esa carita con que los niños lo dibujan en sus cuadernos, mientras una golondrina con las alas extendidas al volar frente a él, colocó las cejas fugaces en su faz campante y las alambres de un cercado le arrugaron la frente y eran pentagramas de sus risas al herirlas el viento.

